

# INICIACION A LA HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL EN LA ESCUELA PRIMARIA: CONCEPTO Y PROCEDIMIENTOS

por RAMON GARRABOU  
Licenciado en Historia.

Desde que la Historia se ha convertido en una disciplina científica, las más opuestas escuelas de historiadores están de acuerdo en que su función es ofrecer una visión lo más exacta posible del pasado del hombre. Si la misión del historiador es hacer revivir el pasado de la humanidad de una manera total, vamos a analizar sucintamente cómo los distintos grupos de investigadores han intentado solucionar el problema.

Para la mayor parte de nuestros historiadores la relación exhaustiva de los conflictos bélicos, de las sesiones de Cortes o la vida de Palacio era suficiente; otros, más exigentes quizá, añadían el estudio de las instituciones políticas, económicas y sociales, y otros, en fin, dedicaron sus esfuerzos a una historia ideológica desvinculada de una realidad.

Para la mayor parte de nuestros historiadores la relación exhaustiva de los conflictos bélicos, de las sesiones de Cortes o la vida de Palacio era suficiente; otros, más exigentes quizá, añadían el estudio de las instituciones políticas, económicas y sociales, y otros, en fin, dedicaron sus esfuerzos a una historia ideológica desvinculada de una realidad.

La artificiosidad que representan tales métodos de investigación del pasado del hombre, al presentárnoslo dividido en compartimientos estacos o, mejor dicho, sin llegar nunca al hombre, no puede satisfacernos, porque si la Historia es la ciencia del hombre o, mejor dicho, del pasado del hombre —y aquí citamos a Lucien Febvre—, «y no la ciencia de las cosas o de los conceptos, ¿podemos estudiar las ideas fuera de los hombres? ¿Estas ideas, simples elementos entre muchos otros del bagaje intelectual, compuesto de influencias, de recuerdos, de lecturas y de conversaciones que cada uno lleva consigo? ¿Podemos estudiar las instituciones separadas de aquellos que las crean y que aun respetándolas las modifican continuamente? No. No existe más historia que la del hombre e historia en el sentido más amplio» (1).

Con los cambios operados en las estructuras de nuestra sociedad e impulsados por el deseo de llegar a una explicación coherente del pasado, surgió desde mediados del siglo XIX la preocupación, cada día más creciente en un reducido grupo de investigadores, de analizar los problemas económicos y sociales. En cuanto nuestra sociedad ha empezado a situar en el centro de sus preocupaciones los factores de orden económico, y en cuanto los movimientos y organiza-

ciones obreras han puesto en evidencia las contradicciones de clase, las nuevas generaciones de historiadores han señalado la importancia fundamental de estos factores para llegar a una interpretación científica del pasado del hombre.

No queremos afirmar con esto que los elementos de orden económico y social estuvieran olvidados completamente en los anteriores métodos de investigación histórica, pero eran estudiados de una forma esporádica, desligada completamente de una realidad humana. En cualquiera de nuestros manuales se nos habla, por ejemplo, que tal gobierno en tal fecha aprobó un decreto sobre la importación de trigo, pero ni remotamente nos hablará del estado de la agricultura, ni de la influencia que puede tener en los mercados un hecho semejante, ni de la situación real de los campesinos. Se nos hablará de los conflictos sociales siempre que sean aparatosos o espectaculares, pero no pidamos explicaciones sobre las causas que han conducido hasta tales acontecimientos, ni de las condiciones materiales y espirituales en que viven los distintos grupos de la sociedad.

La entrada del personaje colectivo en la historia, con la superación del anecdotismo personalista, hacía imprescindible la incorporación de estos factores en la investigación histórica, porque, como afirma Vicens Vives, «la primordial tarea del investigador es buscar al hombre» o, mejor dicho, buscar a los hombres, verlos cómo actúan en su imperiosa carrera hacia un mejor bienestar material y espiritual; asistir al desarrollo de las encontradas acciones y reacciones que constituyen y modelan su presencia en la sociedad; comprobar cómo van tejiendo el cúmulo de realizaciones técnicas y designios ideológicos que integran el progreso humano; he aquí el modo de cercar en reducidos límites la vida misma, con el objeto de analizarla a fondo» (2).

En consecuencia, el estudio de las condiciones materiales en que se encuentran los hombres del pasado, las causas físicas y humanas de éstas, sus conse-

(1) FEBVRE, LUCIEN: *Combats pour l'histoire*, pág. 12. París, 1953.

(2) VICENS VIVES, JAIME: Prólogo a *Principios generales de Historia, Economía y Sociología*, de Charles Morazé. página 6. Barcelona, 1952.

cuencias sobre el desarrollo de la sociedad, es la base del nuevo método histórico.

El primer elemento que debe tener en cuenta el historiador económico es la demografía. Debe analizar hasta donde le sea posible los cambios de población, la distribución por edades y profesiones, para conocer el factor esencial de toda economía: el hombre. A continuación, el análisis de las fuentes creadoras de bienes materiales. Este segundo paso es, en definitiva, el estudio de las estructuras económicas, de las relaciones entre el hombre y su trabajo y entre el hombre y su producto. Debe centrar su atención en las nociones de trabajo y producto, tan frecuentemente olvidadas, relacionándolas con las condiciones geográficas, los avances de la técnica, etc.

La cuestión que debería estudiarse seguidamente sería la distribución del valor global de la producción creada por el trabajo; saber si se dedica íntegramente al consumo y, en caso contrario, la parte sobrante a quien va destinada, al trabajador, a la colectividad, a un grupo de individuos, y analizar, en suma, las condiciones de intercambio, la creación de mercados, etc.

La historia económica no puede quedar reducida a series de estadísticas desligadas absolutamente de la realidad, ni contentarse con ser una historia de las doctrinas económicas, sino que, como dice Morazé, «incumbe a la historia económica cuanto puede aclarar la manera de ser (de vivir, de reaccionar) de los hombres del pasado, procurando explicar su origen y subrayar sus consecuencias» (3).

La historia social, si es que en realidad puede emplearse este epíteto, está íntimamente ligada a la historia económica. No puede reducirse a una narración de los movimientos obreros, ni de los problemas sociales, sino incluirlos en la evolución general de las condiciones materiales y humanas. La historia social aislada de un marco económico sería completamente artificial. Los grupos sociales son a la vez la base de todos los sistemas económicos y el efecto de sus mecanismos económicos.

La apropiación privada de los bienes de producción en el sistema capitalista, por ejemplo, es un hecho social, pues provoca la división de la sociedad en clases. El desarrollo del proletariado es otro hecho social consecuencia de este sistema económico. Por tanto, este método histórico debe estudiar los distintos sistemas de organización de la sociedad que se han desarrollado a lo largo de la historia, como el resultado de unas estructuras económicas.

Con cuanto hemos dicho hemos querido manifestar que no tiene razón de ser la existencia por separado de una historia económica y de una historia social, porque, como dice Lucien Fèbvre, «no hay historia económica y social. Hay historia simplemente, en toda su Unidad» (4).

Si entre los historiadores profesionales el estudio de los factores económicos y sociales es relativamen-

te reciente, en la escuela primaria está aún por descubrir. La enseñanza de la Historia en nuestras escuelas se ha visto reducida a unas largas listas memorísticas de reyes, gobernantes, batallas y «hechos gloriosos» desvinculados completamente del marco social-económico. Se argüirá que estos factores están fuera de la comprensión de los alumnos, que estas cuestiones no son adecuadas a su edad. Evidentemente, resultaría pedante pretender que los escolares llegaran a formarse una visión completa del pasado, pero esto no justifica que estos aspectos estén completamente excluidos, como sucede en la práctica.

Ante esto nos preguntamos: ¿sería mucho más difícil hacer comprender al niño que en un determinado momento del pasado no existían fábricas, que sólo se trabajaba en pequeños talleres, que la mayor parte de la población vivía de la agricultura, que sólo disponían de técnicas muy rudimentarias, que explotaban la tierra en común o dependían de un gran señor, que a una determinada estructura económica corresponde una determinada estructuración de la sociedad, una forma de vivir y de pensar? ¿Sería mucho más difícil, repetimos, hacerle comprender estos problemas que una sarta de batallas, fechas y «grandes acontecimientos»? ¿No es mucho más aprehensible para una mentalidad infantil una visión de la vida cotidiana a una narración de las grandes hazañas de unos personajes desprovistos de humanidad? Si lo que se pretende es desarrollar la capacidad intelectual del alumno mediante la historia y no simplemente dotarle de memoria, tiene que ofrecérsele una interpretación, una explicación coherente de los hechos que se le obliga a recordar, y esto sólo se puede conseguir teniendo en cuenta el desarrollo de la vida en toda su complejidad. El método narrativo empleado hasta ahora en la enseñanza de la historia debe fustigarse como sea. Pocos sistemas tan deformadores y antipedagógicos como el aprenderse «de carretilla» la historia, porque, como dice Lucien Fèbvre: «se dispensa a los perezosos, para toda su vida, del trabajo de juzgar por ellos mismos: duro trabajo, delante del cual la mayor parte de los hombres retroceden tenazmente» (5).

Los procedimientos a seguir pueden ser varios. No creemos totalmente inapropiado el empleo del método retrospectivo, siempre que se utilice con la flexibilidad y conciencia de que no se pueden transportar al pasado de una manera absoluta los modelos interpretativos de la sociedad contemporánea, pero superando las dificultades, este sistema facilitaría enormemente la comprensión del alumno. No sería inadecuado recurrir, o al menos coordinar en un principio, las explicaciones históricas con las de la geografía económica, social y política. Será más fácil hacerle comprender la organización económica de nuestra sociedad, de su repercusión en la organización social, en la forma de vivir y pensar y en la organización política que no transportarlo bruscamente a un pasado

(3) MORAZÉ, CHARLES: *Ob. cit.*, pág. 29.

(4) FÈBVRE, LUCIEN: *Ob. cit.*, pág. 20.

(5) FÈBVRE, LUCIEN: *Ob. cit.*, pág. 100.

más o menos remoto. Creemos que un conocimiento del presente es imprescindible para que la enseñanza de la historia pueda cumplir su misión.

Una vez realizado este primer paso, vendría la lección de unos hechos, los que se consideren más representativos, no excesivamente numerosos, pero ana-

lizados con toda amplitud, de una manera global, destacando la íntima relación e influencia de todos los factores, económicos, sociales, políticos, culturales, ideológicos; sólo así se puede dar vida a unos hechos del pasado y crear en los alumnos el hábito de pensar, juzgar e interpretar unos acontecimientos.

## CONTENIDO DE LA HISTORIA: HISTORIA DE LOS INVENTOS Y DE LAS TÉCNICAS EN LA ESCUELA PRIMARIA

por MANUEL ESPADAS BURGOS

Profesor Ayudante de la Universidad de Madrid.

Sin pensar aún en la confección del presente artículo, hojeaba hace unos días un delicioso libro, pleno de interés, publicado años atrás en los Estados Unidos, *The family of man*, libro de escaso texto, muy escogido, que sirve únicamente de pie al conjunto de fotografías, tema de la publicación, seleccionadas en una exposición celebrada en Chicago bajo ese lema de "la familia humana". El libro es delicioso y a la vez tremendo, es todo un poema del discurrir del hombre por el mundo, de los valores humanos esenciales, el amor y el sufrimiento, el trabajo y la alegría, el horror de la guerra y de la muerte, el pequeño invento de un primitivo y el hondo y revolucionario descubrimiento de un científico de talla mundial.

Contrasta la canoa del hombre de la selva, apenas tronco vaciado, con los supersónicos medios de transporte; la seguridad total en el rostro de un niño que ante la pizarra señala, con aire de triunfo, que dos más dos son cuatro y la profunda expresión de duda de Einstein, también ante un encerado lleno de complicadas ecuaciones. La visión de estos cientos de fotos nos presenta una trayectoria, pocas veces dulce, la mayoría sangrante, de hombres que durante miles y miles de años han ido —casi siempre en forma anónima— consiguiendo pequeños logros, mínimas ventajas sobre un medio hostil, sobre una circunstancia enemiga, aplicando inteligentemente una voluntad, individual o colectiva, para colocarnos en el mundo que hoy vivimos.

Lo que llamamos "época histórica" corresponde apenas a unos minutos en el reloj que marca la vida de la Humanidad; aún en nuestros días las manecillas de ese reloj señalan para muchos seres humanos esa hora temprana que precede a la salida del sol. En Australia, en el África meridional, en las intrincadas selvas sudamericanas quedan aún miles de

hombres que luchan duramente con el medio geográfico, que les moldea y les comprime.

Esta labor lenta, sin ruido, muestra aspectos de profundo sentido humano, decisivos para comprender la historia del hombre sobre la Tierra, que en pocas ocasiones se le destacan al niño, cuando tiene su primer contacto con la escuela, en la Enseñanza Primaria. Y no es esto ninguna acusación a la labor del maestro en la escuela, siempre meritísima, en muchos casos abnegada. Como hijo de maestro y habiendo hecho la carrera de Magisterio durante mis años de Bachillerato, tengo la suficiente experiencia para ver, siquiera sea de forma global, que se trata de un defecto que viene de más arriba, de cómo se ha presentado la Historia en la Enseñanza Media o en las Escuelas Normales de Magisterio. El análisis de muchos libros de texto de Historia, que circulan entre nuestros alumnos de Bachillerato o entre los futuros maestros, nos deja esa sensación de cómo se ha relegado ese amplísimo capítulo de lo que podríamos llamar los pequeños inventos, que quizá no han sido obra de un hombre solo, de un largo estudio de laboratorio ni de un momento genial, sino de una labor anónima de siglos y de pueblos, que lo han legado al mundo tan calladamente que parecía que aquello había nacido por generación espontánea o que ya existía por simple naturaleza.

Se ha insistido con exceso en la Historia de los "acontecimientos políticos", que teniendo importancia no pueden en ningún modo ocultar estos otros que podríamos llamar "materiales" en los que el latir, la presencia del hombre es radiante. Se le escapa al niño esa faceta del hombre en comunidad, del hombre sujeto de la Historia, en un mare magnum de nombres y fechas. Se da el caso paradójico de que aun personas "de carrera", hombres que han pa-